

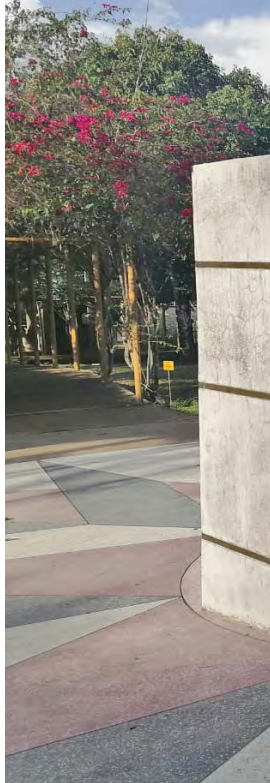
ÁMBITO INVESTIGATIVO

La Utopía como realidad: el impacto de la educación rural en la construcción de un futuro prometedor

Investigadores:

JAIME ALBERTO RENDON ACEVEDO*, ADRIANA OTÁLORA BUITRAGO

*jerendon@unisalle.edu.co





SALIMOS A LAS CALLES DE LAS PRINCIPALES ciudades del país a preguntar qué es una utopía. Escuchamos respuestas como “cosas imposibles de cumplir”, “metas irrealizables”, o “ideales demasiado grandes para ser realidad”.

Luego salimos a los campos, a lo que el hermano Carlos Gómez, lasallista de alma, vida y corazón, llamó la *Colombia profunda*. Esa donde la desigualdad, la injusticia, la violencia y la falta de oportunidades son “lo normal”. Allí las respuestas fueron abismalmente diferentes.

Los campesinos nos dijeron que utopía es “oportunidad para los jóvenes”, “equidad sin importar el origen”, o “educación de calidad”. Luego, párrocos y líderes agrícolas nos dijeron que es el nombre del campus rural de la Universidad de La Salle en Yopal, Casanare, creado en el 2009 y donde la palabra *utopía* cambió de significado para hacer realizable lo que parecía imposible: convertir a jóvenes sin oportunidades en ingenieros agrónomos o agropecuarios, donde todos los estudiantes son becados, pues los costos de su matrícula, alimentación y alojamiento en instalaciones con una sólida y cómoda infraestructura son cubiertos. Así, pasan tres años en el campus y uno más desarrollando un proyecto productivo, que también es cofinanciado por la beca y acompañado por profesionales de la universidad.

Utopía no es solo el lugar donde los jóvenes rurales, campesinos o de comunidades étnicas se convierten en ingenieros agrónomos o agropecuarios. Utopía es el lugar donde ellos se transforman en seres humanos con capacidades para desempeñarse profesional y comunitariamente como líderes, gobernantes territoriales, secretarios de despacho, asesores rurales, maestros, agricultores, ganaderos, comerciantes, artesanos, promotores cooperativos, ambientalistas y hasta exportadores.

Esta definición es compartida por 427 egresados, quienes se denominan *utopienses*. Ellos han llegado de todo el territorio nacional; por eso, hay mestizos, mulatos, indígenas, afrocolombianos, blancos, raizales (habitantes nativos de San Andrés, Providencia y Santa Catalina), palenqueros (descendientes de esclavos africanos que fundaron comunidades autónomas), gitanos, campesinos, población LGBTQIA+, desplazados internos, pueblos originarios (como los wayuu, nasa, embera, entre otros), minorías étnicas, personas con algún

grado de discapacidad física, huérfanos, víctimas del conflicto, en fin...

“El listado es tan extenso como la población de Colombia. Es el ejemplo perfecto para demostrar que cuando tenemos una meta clara y nos importa a todos, todos cabemos, todos trabajamos, todos celebramos los triunfos y todos crecemos. No quiere decir que no haya retos y desafíos de convivencia, económicos y del entorno; claro que existen. Pero los resolvemos ágilmente”, explica uno de los estudiantes.





Más allá de las aulas

En el 2020, mientras Utopía crecía y cumplía su primera década, el país vivía el llamado *estallido social*, que realmente empezó en el 2019, como reacción ciudadana, en particular juvenil, en la búsqueda de mejores condiciones de vida y oportunidades. El punto que rebosó la copa fue la presentación de una reforma tributaria.

En ese contexto, y atendiendo los propósitos del *Plan de Desarrollo* de la universidad, un grupo de investigadores lasallistas¹ (entre ellos Jaime Rendón y Adriana Otálora) y el investigador italiano Marco Alberio se plantearon dos preguntas audaces: ¿puede Utopía ser más que el lugar

donde los jóvenes olvidados se convierten en profesionales?, y ¿hasta dónde su paso por allí transforma su vida, su familia, su economía, su comunidad y su territorio?

Querido lector, la respuesta a esa pregunta, como descubrirá en este texto, es más que fascinante. Encontrarla ha requerido dos años de investigación, 434 personas encuestadas, 30 entrevistas en profundidad y 15 grupos focales, entre egresados y estudiantes actuales. Asimismo, ha sido indispensable buscar a los protagonistas de la historia en lugares recónditos.

“Para ayudarles a imaginar este mundo, lo primero es contarles que en Utopía todo es diferente. Los campesinos se convierten en ingenieros, en un sistema particular de comienzo a fin, porque en la convocatoria no hay que diligenciar un largo examen. Para ser admitido hay que hablar abiertamente de las motivaciones que los llevan a ser más grandes que los obstáculos, a jugar, a relacionarse con otros, contar por qué se ama el campo, hasta mostrar que en sus manos está el rastro de haber trabajado la tierra. Ah, eso sí, el primer reto después de ser admitido es llegar por sus propios medios a este lugar de 50 hectáreas, donde trabajan muchísimas personas en la administración, en el cuidado del campus, en diversas funciones que cualquier finca tiene, pero obviamente con directivos, coordinadores, profesores y estudiantes, quienes ya desayunados comienzan su jornada a las 6:00 a. m., en los auditorios, aulas, laboratorios, oratorio, áreas deportivas, biblioteca, cafetería y, por supuesto, en los cultivos o en los lugares de transformación”, explica Rendón.

1 Los investigadores que participan en el *Proyecto de medición de impacto de Utopía* son: de la Universidad de Bolonia: Marco Alberio; de la Universidad de La Salle, de la Facultad de Economía, Empresa y Desarrollo Sostenible: Adriana Otálora, Ángela Pinto, Ariane Illera, Carlos Laverde y Rubén Vergara; de la Escuela de Humanidades y Estudios Sociales: Tatiana Polanía, Alba Lucía Cruz, Johann Pirela y Luis Enrique Quiroga; de la Escuela de Ciencias Básicas y Aplicadas: Ana Isabel Tenjo; de la Facultad Ciencias de la Educación: Carlos Valerio Echavarría; de la Vicerrectoría de Promoción y Desarrollo Humano: Milton Molano; de los Centros de Investigación: Wilson Acosta (CLEd) y Jaime Rendón (CEIR); de la Oficina de Filantropía: Sylvia Castrillón y Fernando Molano; de Proyectos Productivos: David Flechas; de la Oficina de Egresados: Omar Guevara; de la Facultad de Ciencias Agropecuarias (Yopal): Elkin Sánchez, John Cristian Fernández y los hermanos Jorge Fonseca y Camilo Andrés Aguilar. Asistentes de investigación: Sebastián Gutiérrez Villamil y Laura Gabriela Sierra Pérez.

El 85 % del territorio nacional es considerado rural; el 24,2 % de los habitantes del país están en zonas rurales, y lo más importante, 3,2 millones de jóvenes viven en el campo.

“Anécdotas habría mil por contar, desde los chicos que llegaron pensando que estaban siendo engañados, porque como dicen las abuelas ‘de eso tan bueno no dan tanto’, hasta los que lloran de alegría al ver que son los primeros profesionales no de su casa, no de su familia, no de su vereda, sino del pueblo entero”, comenta Otálora.

El resultado de la investigación es que en sus primeros catorce años de existencia, Utopía no es solo el lugar donde los jóvenes rurales, campesinos o de comunidades étnicas se convierten en ingenieros agrónomos o agropecuarios. Utopía es el lugar donde ellos se transforman en seres humanos con capacidades para desempeñarse profesional y

comunitariamente como líderes, gobernantes territoriales, secretarios de despacho, asesores rurales, maestros, agricultores, ganaderos, comerciantes, artesanos, promotores cooperativos, ambientalistas y hasta exportadores. Los investigadores describen la pertenencia y el relacionamiento de estos jóvenes con la tierra y la agricultura, así:

Buena parte del gran impacto de Utopía en todas las áreas de la vida de los jóvenes se debe a que uno de los requisitos es estudiar tres años en el campus y dedicar el último año a desarrollar un proyecto productivo en su lugar de origen. Esta condición se ha



convertido en la joya de la corona de su formación universitaria, porque al regresar a su lugar de origen se generan tres procesos simultáneos. A nivel profesional, ellos aplican lo que aprendieron, porque deben volver con un resultado para graduarse. A nivel familiar, se convierten en un punto de referencia e inspiración. Por último, a nivel social, se forman como gestores porque por primera vez hay en la región alguien con educación superior de alta calidad que acompaña el mejoramiento de la productividad en el campo, y la búsqueda de mejores condiciones productivas y de vida.

Carlos, Hugo, Lucía, el espacio de este artículo no alcanzan para escribir los nombres de los 427 egresados utopienses. Tampoco alcanza para contar las historias de las miles de toneladas de yuca, papa, plátano, piña, yame, arracacha, auyama y panela producidas por los jóvenes. Para lo que sí alcanza el espacio de este artículo es para demostrar que la tan anhelada transformación económica, social, cultural de Colombia sí es posible cuando confluyen tres factores: el bien colectivo sobre el bien particular; la convergencia, la alianza y la cooperación de múltiples actores, y finalmente, el corazón puesto en la equidad, la apuesta por la ruralidad y la justicia social.

Hay mucho que celebrar. Pero también mucho por hacer. Para tener una idea, bastan tres cifras: el 85% del territorio nacional es considerado rural; el 24,2% de los habitantes del país están en zonas rurales, y lo más importante, 3,2 millones de jóvenes viven en el campo. Estas son razones suficientes para mantener una apuesta por lo rural, por la alimentación y por la sostenibilidad de la vida en el planeta.

Querido lector: desde el comienzo de este artículo le prometimos que la respuesta a la pregunta que dio vida a esta investigación sería fascinante. ¡Lo hemos cumplido!





Querido lector: desde el comienzo de este artículo le prometimos que la respuesta a la pregunta que dio vida a esta investigación sería fascinante. ¡Lo hemos cumplido!

Usted ya sabe que, en Yopal, Casanare, la Universidad de La Salle con su campus rural Utopía demostró que la educación saca a la paz de los discursos lindos y la hace realidad. Porque les permite a los jóvenes adquirir capacidades y oportunidades, así como construir su proyecto de vida. El programa ofrece las bases para forjar un sueño que parte desde la persona, pero en clave de comunidad, y enseña a trabajar por un proyecto de nación.

En esta Utopía han creído y cada vez más se unen cientos de personas, empresas, instituciones gubernamentales y no gubernamentales, nacionales e internacionales, a los cuales hay que agradecer profundamente porque han posibilitado que lo que al principio fue una locura lasallista hoy sea una realidad. Aportes que van desde participar activamente en el financiamiento de las becas completas, hasta pequeños grandes esfuerzos personales y familiares. Es imposible que el corazón no se hinche de alegría al ver los esfuerzos de todos por juntarnos y hacer posible esta Utopía.

Estamos seguros de que usted saldrá derecho a buscar en Google fotos del lugar y su gente. También sabemos que luego de ver esos rostros, su corazón le llevará a preguntarse “¿cómo puedo ayudar?”. Así que debe saber que la universidad cuenta con una Dirección de Filantropía, la cual coordina todos los esfuerzos por hacer viable y real esta Utopía (y ya vimos que no es solo un juego de palabras). Usted puede aportar y unirse a estos





Usted puede aportar y unirse a estos propósitos. Escanee el código QR.

propósitos. Para que no tenga que buscar el enlace, aquí puede consultarlo directamente o escanear el código QR: <https://www.lasalle.edu.co/donaciones/proyecto-utopia/otras-formas-para-apoyar-utopia>

Otra cosa es importante en este maravilloso proceso de Utopía. Su aporte ayudará a jóvenes como María, quien ganó su cupo para ser utopien-se. Pero el día que salió de su casa a convertirse en profesional, lo hizo casi a escondidas de su padre, como si estuviera cometiendo un delito (porque, en pleno 2024, algunos hombres aún creen que las mujeres solo sirven para tener hijos y cuidar el hogar).

Sin Utopía, esta mujer no sería lo que es hoy: una lideresa rural, con gran capacidad de producir, de aportar a su familia, su comunidad y su país. Ella y cientos de jóvenes llenos de ganas de trabajar por una Colombia para todos, desde ya le agradecen su apoyo, porque sin usted y sin tantos “tercos

imparables”, este lugar donde todos sus habitantes alcanzan metas impensadas (o eso que llaman felicidad, como lo propuso por primera vez el pensador, teólogo, político, humanista y escritor inglés Tomás Moro en 1516, en su libro *Utopía*).

Por el contrario, Utopía está llena de vida y da fuerza a una sociedad que parece del futuro. Es un laboratorio de convivencia, para vivir en paz, en un punto afortunado de la geografía de Colombia (Yopal, Casanare), que hoy ya cuenta con 21 premios nacionales e internacionales y más de 600 jóvenes beneficiados, provenientes de 28 departamentos y de 240 municipios del país. Son ellos los que dinamizan más de 250 proyectos productivos que perduraron de esos procesos de formación. El campo, la alimentación y la buena vida en la ruralidad son posibles, y esto se logra con jóvenes con capacidades y oportunidades. Utopía ya demostró que esto es posible.